Vanesa Pérez-Sauquillo

EL SUEÑO INTACTO

Antología 2001-2017

Prólogo de
Víctor Herrero de Miguel

ARS POETICA

EL SUEÑO INTACTO

Vanesa Pérez-Sauquillo

EL SUEÑO INTACTO

ARS POETICA

Vanesa Pérez-Sauquillo

EL SUEÑO INTACTO

Antología 2001-2017

Prólogo de
Víctor Herrero de Miguel

colección
| BEATUS ILLE |

ARS POETICA
boutique de poesía

El sueño intacto
Vanesa Pérez-Sauquillo

Colección: BEATUS ILLE
Dirección editorial: ILIA GALÁN

Foto de contraportada:
PAUL GLADIS

© 2017 Vanesa Pérez-Sauquillo
© 2017 Víctor Herrero de Miguel (del prólogo)
© 2017 ARS POETICA (de la edición)

EntreAcacias, S. L.
[Sociedad editora]
c/Palacio Valdés, 3-5, 1ºC
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)
Tel. administración: (+34) 985 792 892
Tel. pedidos: (+34) 984 701 911
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: noviembre, 2017

ISBN (edición impresa): 978-84-947559-8-9
ISBN (edición digital): 978-84-947559-9-6
Depósito Legal: AS 02683-2017

Impreso en España
Impreso por Ulzama

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

HACIA OTRA PARTE

La poesía alada de Vanesa Pérez-Sauquillo

Desde hace algunos años, al menos una vez por estación camino por el parque del Retiro acompañando a una poeta. Miro cómo pone su mirada —como si fueran únicas o estuvieran recién hechas— sobre las criaturas que viven en ese microcosmos del centro de Madrid: almendros, sauces y eucaliptos, gorriones que se posan en sus ramas, el agua acariciada por los peces, estatuas de piedra enverdecida, niños que saltan frente a ellas y ancianos que pasean con los niños. Todo brilla en la limpieza de sus ojos.

Vanesa Pérez-Sauquillo llegó a mi vida como ahora, querido lector, lo hace a la tuya: encarnada en un poema. El milagro aconteció en los últimos días de un verano en que la muerte había besado los párpados de un ser muy querido. Entonces alguien puso en mis manos estos versos:

Y si el final
no fuera más que un algo
que se enciende
hacia otra parte.
La fruta
tras el hueso de la fruta.
La caricia que crea
la carne
en su caída.

Estaban en la página cincuenta de un libro que me pareció escrito por alguien que venía de tan lejos como para poder sentirlo absolutamente cerca: un ángel conocedor de la alquimia del lenguaje. Ese poema —que me hizo recordar el soneto 146 de Shakespeare y la llama que, según Rilke, protege nuestra alegría de un mañana— me condujo *hacia otra parte,* que es a donde siempre nos conduce la poesía: ese más allá donde la realidad desnuda se viste con las palabras que la nombran. En este *final encendido,* fondo y forma coinciden, todo el poema reproduce formalmente el contenido de la palabra que lo cierra. Todo es, en efecto, *caída:* la oración hipotética inconclusa que encontramos al inicio, encabezada por una conjunción que parece casi enlazar la vida que se deja con aquella que se vislumbra; la detenida (y no quebrantada por la muerte) velocidad de la luz, que transforma la parálisis en tránsito; el sabor deliciosamente escondido de la manzana o el meloco-

tón; y, por último, el salto del cuerpo hacia el vacío. Todo es *caída,* al tiempo que todo es *fruta* y *carne* y *luz:* todo es vida.

Y es que la poesía de Vanesa Pérez-Sauquillo está atravesada por el hilo de oro de la vida. Ese es el tema de sus versos: el misterio de alentar, la fascinación por estar vivos. Leerla es, en palabras de Gustavo Martín Garzo, como seguir un rastro de pequeñas llamas, un camino de sílabas luminosas e imágenes sonoras que nos lleva hacia esa otra orilla en que la fonética y la sintaxis son las alas del idioma. Si el primer poema suyo sobre el que realicé tal vuelo tenía que ver con la caída de la carne, el segundo fue este himno al origen secreto de la vida:

> Dicen que nada volverá a ser lo que era
> antes de que tu pétalo de luz
> encendiera mi curva más oscura.
>
> Tú, que no sabes ni que existes
> mientras me redondeas,
> que te formas y sueñas sin mapas
> ni conceptos,
> que no tienes ni nombre,
> tú me haces infinita
> en tu indefinición.

Tú y yo
vamos creando tu cuerpo
a ojos cerrados,
sin saber lo que hacemos,
cómo será la flor.

Yo, media luna de sueño,
y tú, mi otra mitad.

La belleza del poema, aparte de en su fino hilado verbal, reside en la construcción de imágenes en las que el mundo vegetal se entrecruza con el mundo de la física («tu pétalo de luz»), la geometría se encuentra con la coloración («mi curva más oscura») o la astronomía con lo onírico («media luna de sueño»): exquisitos trazos con los que se esbozan la figura de la madre y la del ser que la convierte en cofre de un misterio.

Ambas piezas —sobre cómo la vida teje escondidamente su forma y sobre cómo, al final, la existencia se llena saltando hacia el vacío— fueron para mí la entrada a una obra poética ancha y profundamente original.

• • •

En tus manos, lector, sostienes *El sueño intacto* de alguien que ha soñado siete libros de poemas y, amén de otros poemas cuyos sueños no duermen aún en las páginas de ningún libro, ha escrito poesía para que los ni-

ños nos enseñen a leer. Las composiciones recogidas en esta antología, que no siguen el orden de publicación sino el de su escritura, son una selección hecha por la propia autora para poder tocar *el sueño intacto* de su universo de poesía. En él encontrarás *Estrellas por la alfombra* (Hiperión, Madrid 2001) o cómo un caleidoscopio puede volver cósmico el umbral de una casa de París; también una poeta con *Vocación de rabia* (Universidad de Granada, Ganada 2002); la *Invención de gato* (Calambur, Madrid 2006) en una casa derruida, el tiempo transcurrido *Bajo la lluvia equivocada* (Hiperión, Madrid 2006); caminarás por un lugar llamado Farmington donde personajes mágicos trazan su *Climax Road* (Rialp, Madrid 2012), y tu mirada amarrará en *La isla que prefieren los pájaros* (Calambur, Madrid 2014); dentro de estas páginas está *El dado azul* (Poética y peatonal, Alzira 2017) con que Pat Goesby viaja de lo visible a aquellos lugares que solo los ebrios de savia ven, así como poemas recogidos en antologías y otros que ahora se asoman a la luz.

En el negro que tiñe el blanco de estas páginas encontrarás lo que Juan Ramón Jiménez hallaba en la obra de Tagore: un corazón completo y verdadero, un ser que se abre y que se da. Lo comprobarás, lector, desde los versos del primer poema, donde nos sale al encuentro *una náufraga de sílabas*, hasta los del último, donde se postra ante *el dios del arte y del anhelo*. Entre una y otra puerta, verás cómo la poeta recrea el universo:

Imagina una silla.

Una silla para estar
sin comer, sin moverte,
tan solo para estar.

Si esa silla te fuera concedida,
si ocuparas la silla,
sin comer, sin moverte,

sabrías que alguien está
sin comer, sin moverse,
mirándote
de pie,
esperando
la silla.

Universo que busca y se devora.
Universo que espera.

Fíjate bien: es el propio rostro, reflejado en el rostro de quien mira, quien desvela la forma especular del cosmos, esa criatura viva que, según Platón, ama a quien por ella se deja amar. Los dos últimos versos parecen compendiar la narración que Lucrecio ofrece —en ese maravilloso texto de *La naturaleza de las cosas*— sobre cómo la estampa actual del mundo es resultado de las búsquedas que los elementos han ido realizando para

hallar su lugar y sus acoplamientos necesarios y perfectos:

> Los elementos de las cosas no se colocaron de propósito y con sagaz inteligencia en el orden en que está cada uno, ni pactaron entre sí cómo debían moverse; pero como son innumerables y han sido maltrechos por choques desde la eternidad y arrastrados por sus pesos no han cesado de moverse, de combinarse en todas las formas y de ensayar todo lo que podían crear con sus mutuas uniones, ha resultado de ello que, diseminados durante tiempo indefinido, después de probar todos los enlaces y movimientos, aciertan por fin a unirse aquellos cuyo enlace da origen a grandes cosas, la tierra, el mar, el cielo y las especies vivientes.

Maravillosa génesis de un *universo que busca, se devora y espera*, en cuyo interior —protegidos por la mirada poética— viven *los ambulantes*, esos seres que, como dijo de sí mismo el poeta Joan Brossa, conocen la utilidad de lo inútil y tienen la riqueza de no querer ser ricos:

> Los ambulantes han sido expulsados.
>
> Los que ven en la niebla de las uvas
> los caminos secretos de la luz.
>
> Los que encienden las cabezas de paja
> y enredan las aldeas
> donde la muerte se pasea y susurra.

Los que viven de lo que no se toca
y tocan todo aquello que dice
«no tocar».

Los que adornan con lazos
los carromatos de miseria.

Los que plantan espirales de humo
por los nidos vacíos de los bosques.

Los ambulantes.

Viven en el anillo
que solo las urracas ambicionan.

Cantan la madrugada de madera.

Lloran por las plantas que mueren,
lloran por las plantas que nacen,
todo lo que está vivo
que duele y vive cerca o lejos
de ellos.

Ellos, los ambulantes,
los mismos, los diferentes
han sido expulsados.

A la manera virgiliana (resuena aquí el *sunt lacrimae rerum* de la *Eneida*), la mirada de nuestra poeta descubre en estos seres la capacidad de llorar por «todo lo que está vivo / que duele y vive cerca o lejos / de ellos». Los *ambulantes* (que hoy, desde África y desde Oriente, cruzan los mares en los que se baña Europa) representan, también, el abrazo a la raíz profunda de la vida: los caminos secretos de la luz, el susurro de la muerte, los lazos que adornan su miseria, su intimidad con los bosques y las aves o el canto que lanzan a los árboles del alba son imágenes con las que el poema levanta un monumento de perenne memoria a aquellos cuyas vidas se sostienen sobre arena.

El llanto, en la cosmovisión de Vanesa Pérez-Sauquillo, se asemeja a una inmensa puerta que custodia los arcanos de un templo antiguo:

> Llorar de nada sirve
> si el tiempo te asesina
> lo sagrado en las manos.
>
> Llorar de nada sirve
> si no piensas
> que te vas a salvar.

«Gota que muere evaporándose después de dejar testimonio: símbolo del dolor y de la intercesión». Esta es la bella definición de la palabra *lágrima* que encontra-

mos en el *Diccionario de los símbolos* de Jean Chevalier, una obra de colosal sabiduría escrita con la delicadeza de un poema. Si en las páginas que siguen a este prólogo encuentras algunas lágrimas, no creas, lector, que es tristeza lo que está tras ellas. La poesía vuelve llorable lo perdido, destila la salinidad del llanto y lo vierte en el cáliz que todo poema verdadero aspira a ser: esa copa en la que la poeta se derrama y se nos da.

Los poemas que conforman los libros *Vocación de rabia*, *Invención de gato*, *Bajo la lluvia equivocada* y algunos de *Estrellas por la alfombra* comienzan con minúscula. Se trata, por un lado, de un gesto de reverencia hacia el lector, de humildad creativa *(Vocación de rabia* se abre con una frase de Cioran: «Evitemos exigir demasiado a las palabras por miedo de que, extraviadas, no puedan ya cargar con el peso de un sentido»); y, por otro, de la idea borgiana de que todo discurso prolonga otros discursos (ajenos y propios), en un *continuum*. Reverencia, humildad y convicción de que todo poema recoge un hilo que a la vez se despliega hacia un poema posterior es lo que encontramos en esta intensa composición amorosa:

> no es caída.
> Aunque sea tiempo de caída
> y todo caiga a nuestro alrededor.

No es sangre seca
aunque en los dedos quede
polvo rojo.

No te lo creas.
Es fruto y bendición de otoño
y dentro se sostiene. Es primavera,
dentro.

Tenemos todo el cuerpo por delante
y cuatro manos para abrirnos paso.

El carácter abierto del amor en la poética de Vanesa Pérez-Sauquillo queda bien expresado en este poema. Son varias las hendiduras que, en opacidades también diversas, el amor realiza: en la realidad circunstante («tiempo de caída»), en el pasado («sangre seca»), en el futuro («primavera dentro»), en la corporalidad («cuatro manos para abrirnos paso»). Ante los poemas amorosos de Vanesa, me viene a la memoria cómo habla María Zambrano del carácter abierto del amor:

> El amor trasciende siempre, es el agente de toda trascendencia en el hombre. Y así, abre el futuro; no el porvenir que es el mañana que se presume cierto, repetición con variaciones del hoy y réplica del ayer: el futuro, la eternidad, esa apertura sin límite a otro espacio y a otro tiempo, a otra vida que se nos aparece como la vida de verdad.

En esta línea de trascendencia transparente, este poema de *La isla que prefieren los pájaros* transforma al amante en barco:

> A veces, todo lo que uno busca
> cabe en un solo cuerpo.
> Cada sentido cobra su sentido.
> Cada extremo halla el fin.
> Y aunque todo parece que se rompe,
> uno es más fuerte de lo que pensaba.
> Y uno descubre.
> Y uno sabe que a lo lejos no hay tierra
> pero ya nada importa.

El amor —ese espacio abierto— vive de cuanto, abriéndolo a la vida, conduce a una realización más plena. También el mundo animal, material simbólico de alcance universal en la lírica amorosa, aparece como obertura en el imaginario de la poeta:

> Los días se me deshacen hacia ti,
> ciervo que no retira la mirada.
>
> Aquello que en mis manos
> permanece y no hiere
> te aguarda al pie del muro.

Al pie del muro,
donde la tierra es blanda
y el viento nos conoce.

Ante la mención del ciervo, imposible no recordar la voz femenina de *El cantar de los cantares.* Estas son las palabras de la amada:

Que es mi amor como un cervatillo,
joven corzo;
se para tras nuestra tapia,
atisba por las ventanas,
acecha por las celosías.

Adviértase la semejanza entre estos versos y el poema del *Cantar*. Dos figuras comunes, el ciervo (símbolo de la velocidad, del temor, heraldo de la luz) y el muro (que, rompiendo el espacio en dos, crea un ambiente de intimidad) hienden la realidad común y abren la realidad poética. En la ligereza del animal y en la gravedad de la piedra se concentra la ternura y el vigor con que Vanesa enfoca y canta el amor.

Otro cantante del amor, Leonard Cohen —cuya fotografía ilumina la mesa de trabajo de nuestra poeta—, en una de sus canciones más bellas, escribe:

I set out one night
when the tide was low.
There were signs in the sky,

but I did not know.
I'd be caught in the grip
of the undertow,
ditched on a beach
where the sea hates to go
with a child in my arms
and a chill in my soul
and my heart the shape
of a begging bowl.

Ese corazón ahormado por la vasija de un pobre es el lugar en el que se recibe la poesía, donde la arena se transforma en piedra y el barro en oro. Es también la forma del corazón de nuestra poeta:

En campos de silencio
las estrellas que caen
siempre germinan.

Todo nos reconoce.
Todo inclina su gesto generoso
hacia donde la vida
nos cubre y nos concreta.

Hay un cuenco de asombro
en el umbral
de los que saben esperar milagros,
susurra una verdad.

Hay música, también,
bajo las cuerdas.

Pareciera que un ángel —un ser de mirada traslúcida— hubiese enhebrado la aguja que mantiene unidas las cuatro estrofas. En cada una de ellas, algo del mundo se nos ofrece como cauce que conduce un caudal muy claro: la palabra que, callada, grita; la propia existencia como un hombro desnudo arropado por la vida; la acción inigualablemente poderosa de quien solamente acoge; la música escondida. Esta confianza en lo extraordinario brota de un contacto delicado y firme con lo cotidiano, con el mundo mago que nos ofrece límites espaciales en forma de maravillas:

Se extienden las razones
para temer.

Un cuerpo lácteo
y a nuestros pies
mantos de savia.

Se extienden los sentidos
para no temer.

Así mide nuestra poeta la altura de este mundo, la verticalidad que fragua el eje sobre el que damos vueltas: hacia arriba, la luz, alimento de las estrellas y del sol; abajo, la savia, la secreta sangre de los álamos.

• • •

Hasta aquí, lector, esta pequeña crónica de mi viaje por la poesía de Vanesa. Que sus palabras, que son alas, y sus silencios, rieles en el viento, te lleven hacia la parte intacta de tus sueños.

VÍCTOR HERRERO DE MIGUEL

Estrellas por la alfombra

Madrid, Hiperión, 2001.
Premio Antonio Carvajal de Poesía Joven.

Esta mañana supe
mi extraña rendición a tus palabras,
mi irrevocable voluntad de náufrago
de sílabas,
de filóloga ahorcada en complementos
directos o indirectos
pero tuyos.

Esta mañana supe
que me visto en tus verbos,
desayuno tu nombre
y me quedo perdida, como tonta,
si me encuentro algún «no»
camino de la tarde,
camino de la noche.

Esta mañana supe
que muy frecuentemente
me vuelvo monosílabo
de sombra
agarrado al tobillo de tus frases,
que muy frecuentemente
quisiera ser prendida en tu nevera
como «nota importante».

Esta mañana comprendí, aturdida.
Esta mañana supe, por fin vi
que me confundo en viento
cuando gritas mi nombre
y que basta un susurro,
un susurro de nada,
para dormirme en ti.

Me hablaron de un lugar
donde la vida juega bajo un toldo
a no enseñar los dientes.
Creí que no existía.

Pensé que no había puentes
sin peaje
para llegar a nadie.

Que todas las ventanas
tienen hierros
o se cubren de párpados.

Que a la luna
o la miras a solas
o se transforma en queso.

Entonces me llamasteis.
Os miré,
salté
y supe
que en la otra orilla
del espejo
corre el viento.

Por el aljibe
de tu abrazo manso
te tejería una lluvia
de manzanas
con estos tallos torpes
y mojados.

Porque no retiraste
de tus manos
mi pelo rojo y turbio
aunque quemara
quisiera de mi alma hacer un hilo
con el que descoserte
las mañanas.

No me queda, mi amor,
nada que exprese
la angustia blanca
de mis horas rotas.
Ya no tengo relojes ni otras jaulas.

Tú me has dado tambores y amapolas.